

BORDÓN

Revista de Pedagogía



Volumen 65
Número 2
2013

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE PEDAGOGÍA

EDUCACIÓN Y HERENCIAS MODERNAS: EL INDIVIDUO Y LA HABITACIÓN PROPIA¹

Education and Modern Heritage: the Individual and the Room of One's Own

ALBERTO SÁNCHEZ ROJO
Universidad Complutense de Madrid

INTRODUCCIÓN. No cabe duda alguna de que las nuevas tecnologías están suponiendo un cambio en todos los ámbitos de nuestra vida, sobre todo desde principios de la década de los 2000. Ha pasado apenas una década de esto y parece que hubiésemos dispuesto desde siempre de lo que solo hace unos pocos años eran novedades. Estos cambios se han dado tan rápido que no hemos tenido prácticamente tiempo para reflexionar en torno a ellos y es que, quizá, nos hayamos acostumbrado tanto a estas nuevas tecnologías que estemos adoptando el modelo de pensamiento que les permite avanzar de forma tan veloz, esto es, poniendo la vista solo en el futuro y olvidando un pasado que, sin embargo, queramos o no, nos hace ser lo que somos. Debido a todo esto, la reflexión en torno al pasado que construye aparece como cuestión urgente. Este artículo pretende ser una contribución a dicha reflexión centrándose en dos conceptos heredados de la Edad Moderna, a saber, el individuo y la habitación propia. **MÉTODO.** Siguiendo una metodología de análisis documental, se analizan los conceptos de «individuo» y «habitación propia». **RESULTADOS.** En primer lugar, se señala la importancia de poseer tanto una individualidad auténtica como una habitación propia en la formación del ser humano. A continuación, se muestra en qué medida están cambiando estos conceptos en la actualidad. **DISCUSIÓN.** En base a lo anteriormente expuesto, se discute la necesidad de reflexión pedagógica en torno a los conceptos de «individuo» y de «habitación propia».

Palabras clave: *nuevas tecnologías, herencia cultural, filosofía de la educación, individualidad, relaciones humanas.*

Introducción

No deja de resultar extraño que solo hayan pasado siete años desde que O'Really (2005) acuñase el término *web 2.0*, a partir del cual se crearía el concepto «sociedad del conocimiento» con el fin de dar nombre a un nuevo mundo

al que apenas acabábamos de llegar, guiados por el rápido avance de las nuevas tecnologías. El cambio fundamental de la sociedad del conocimiento con respecto a la anterior y ya superada la sociedad de la información² se definía fundamentalmente por el mayor grado de participación que permitían al usuario una serie de

nuevos programas informáticos recién creados y que hacían que Internet dejase de ser un mero almacén de información, óptimo para consultas, y se convirtiera en un nuevo espacio de comunicación (redes sociales, blogs, wikipedia, etc.).

No cabe duda de que este cambio podría calificarse de revolucionario, y supuestamente todos los grandes cambios tardan un tiempo en ser asimilados. Sin embargo, paradójicamente, en esta ocasión no ha sido así. Parece como si las redes sociales *online* hubiesen existido desde un tiempo inmemorial, como si hubiésemos dispuesto de un espacio público libre en el que manifestar nuestras opiniones, deseos y anhelos desde siempre. Con todo, hace de esto apenas siete años, no muchos más de los que hace desde que tenemos la posibilidad de disponer de teléfono móvil, y hoy en día mucha gente parece ser incapaz de vivir despegada de él.

No deja de ser un hecho que nos estamos acostumbrando a los cambios rápidos, a pesar de carecer del tiempo suficiente para reflexionar en torno a ellos, y es que las nuevas tecnologías nos aportan muchos beneficios, nos hacen la vida más fácil en todos los aspectos (profesional, personal, social, etc.) y quizá por ello, sea mejor, o al menos, más sencillo, reflexionar a posteriori. El mayor peligro que tal vez podría vislumbrarse en esto, es que lleguemos a adaptarnos a ellas en tal medida que nos acojamos a su modo de proceder y evolucionar, a saber, siempre mirando hacia el futuro y jamás atendiendo al pasado. Sobre todo en educación, no podemos dejar que esto suceda, puesto que, como afirma Bárcena (1994: 79), «la educación no deja de ser una práctica de iniciación en una herencia de logros humanos que humanizan», de ahí la importancia de atender al pasado y, por ende, a la herencia que hemos recibido.

El recientemente celebrado XV Congreso Nacional de Pedagogía y V Iberoamericano: «Entre generaciones: educación, herencia y promesas», haciéndose eco de este hecho, proponía reflexionar pedagógicamente, tal y como podemos observar en el título, entre otras cosas, sobre el valor

de la herencia en educación, tema que, por tanto, urge ser pensado desde el ámbito pedagógico.. En estas breves páginas, se pretende abordar el tema de la herencia en educación, centrándolo en aquello que nos legó la Modernidad clásica y en cómo lo estamos gestionando en el presente, sobre todo con el auge de las nuevas tecnologías que, tal y como hemos mostrado más arriba, han implicado un cambio importante en todos los ámbitos de nuestra vida, también en educación.

Ya que vamos a hablar de herencia, lo mejor es partir del pasado, así pues, realizaremos aquí un pequeño recorrido por varias escenas de la historia que, vistas en su conjunto permitirán, por un lado, la puesta de manifiesto de lo que quizá sea la donación más importante que nos ha legado la Modernidad y, por otro, cierta comprensión de su valor fundamental. A continuación, se indicará en qué medida esta herencia se encuentra en peligro para, finalmente, mostrar que solo la educación puede servir de prevención y en qué medida puede hacerlo. Sin más dilación, que comience el viaje.

Un paseo por la historia: la habitación y el individuo

La primera escena nos sitúa en el año 1889. Un Friedrich Nietzsche agotado y a punto de sufrir la crisis que le llevará a ser recluso en un psiquiátrico hasta el día de su muerte se ha visto obligado, ante lo que él considera una incompreensión de su obra por parte de sus contemporáneos, a explicitar quién es a través de la publicación de su autobiografía, a la que dará por título *Ecce homo, cómo se llega a ser lo que se es*. En el prólogo de esta obra podemos leer lo siguiente:

«Previendo que dentro de poco me habré de presentar a la humanidad para exigirle lo más duro que se le puede exigir. Considero indispensable decir antes *quién soy*. En realidad, ya habría que saberlo, pues no he cesado de “dar testimonio” de mí. Pero la enorme

distancia que hay entre la grandeza de mi misión y la pequeñez de mis contemporáneos se ha manifestado en el hecho de que [...] no se me ha escuchado. [...]. En tales circunstancias tengo un deber contra el que se rebelan mis hábitos más arraigados y más aún mi orgullo instintivo, que me obliga a decir: “¡Escuchadme!; yo no soy de esta y de aquella forma. ¡Sobre todo no me confundáis con otros!”» (Nietzsche, 1983: 33).

La segunda escena tiene lugar casi medio siglo más tarde que la anterior. Nos encontramos en 1928, año en el que la Universidad de Cambridge propone a una ya consagrada escritora, Virginia Woolf, que imparta una conferencia bajo el título de «Las mujeres y la narrativa», ella acepta y el resultado serán dos ponencias que, reelaboradas, darán lugar un año más tarde a la publicación de su ensayo *Una habitación propia*. Woolf reflexiona aquí sobre las posibles causas que han conducido a que las mujeres no hubieran destacado tanto como los hombres en el ámbito de la escritura literaria, aduciendo la carencia de una habitación propia en la que escribir como una de las razones principales de este hecho. Escuchemos a la autora:

«Escribir una obra de genio es, casi siempre, una proeza de dificultad prodigiosa. Todo se opone a la posibilidad de que surja de la mente del escritor íntegra y completa. Por lo general están en su contra circunstancias materiales. Los perros ladran, la gente interrumpe, es necesario ganar dinero, la salud falla. [...]. Mas para las mujeres, pensé mirando a los estantes vacíos, esas dificultades eran infinitamente más formidables. En primer lugar, tener habitación propia —y no digamos tranquila o a prueba de ruidos— era impensable» (Woolf, 1980: 39).

Así pues, en resumen, tenemos a Nietzsche rogando que no le confundan con otros y a Virginia Woolf solicitando una habitación propia para que las mujeres puedan escribir. Los dos están reclamando lo mismo, ambos están haciendo referencia

a su derecho de ser individuos particulares e inconfundibles, a su derecho —y quizá ya en el momento en que ellos escribían, a su necesidad— de un espacio propio, de un yo definido, seguro de sí mismo, desde el que poder dirigirse al mundo. Los dos grandes descubrimientos de la Modernidad, el individuo y la habitación, implicándose mutuamente, habiéndose desarrollado a la par y habiéndose ayudado y beneficiado uno a otro en su progreso, hacían que Nietzsche considerase el que le confundieran con otros como motivo de profunda ofensa y que Virginia Woolf no fuese capaz de concebir la escritura literaria fuera del silencio y reposo del que dota a un escritor la posesión de una habitación propia.

Sin embargo, esto no fue siempre así. Retrocedamos, para darnos cuenta de ello, unos siglos atrás. Situémonos ahora justo antes del comienzo de la Modernidad para poder atender al contraste. Concretamente, nos encontramos en una casa urbana occidental típica del siglo XIV. Tal y como era común en la época, este edificio tiene dos plantas. Sobre un sótano utilizado como almacén, se alza el primer piso, que da a la calle y que es usado como tienda o como lugar de trabajo, depende si nos encontramos en casa de un artesano o de un comerciante —aun en esta época el lugar de trabajo solía coincidir casi siempre con la vivienda del trabajador—. Sobre este piso se alza la segunda planta que, por lo general, no se componía de varias habitaciones, sino solamente de una. «La gente cocinaba, comía, recibía y dormía en este espacio» (Rybczynski, 2006: 36), que no tenía, por tanto, una función propia y que se iba adaptando según el momento del día o la ocasión. A su vez, durante la Edad Media cristiana, el papel de Dios en la vida del pueblo llano era fundamental y quizá esto hacía que no se diese tanta importancia al interior de las viviendas como al exterior, de tal forma que por dentro no contenían prácticamente muebles y estaban sencillamente decoradas. «[Pasarían] más de cien años hasta que las habitaciones a las cuales se podía retirar uno de la visión del público [empezaran] a aparecer, y se las [llamara] “habitaciones privadas” [...].

Las casas estaban llenas de gente, mucho más que hoy en día, y la intimidad era algo desconocido» (Rybczynski, 30).

La vida privada durante la Edad Media era, por tanto, «vida en familia, pero no individual sino convivencial, y fundada en la confianza mutua» (Duby, Barthelemy y de La Roncière, 1988: 23) entre miembros que cohabitaban una misma casa, cuya unión tenía que ver más con el trabajo que con la filiación por parentesco, de hecho, todos los miembros de una misma casa, incluidos los sirvientes, eran denominados *familiaris* (Rouché, 1987: 453). A su vez, durante la Edad Media, el poder público, encarnado en la figura del monarca o del señor feudal, estaba claramente diferenciado del poder privado, encarnado en la figura del *pater familias*, «poder interno en este caso que, a semejanza del otro, no [toleraba] las intromisiones del individualismo» (Duby, Barthelemy y de La Roncière, 1988: 28).

Así pues, la Edad Media nos sitúa en una sociedad grupal carente por completo de individualidad, salvo la excepción de los lugares donde se encontraba la cultura, los monasterios, donde los monjes sí que disponían de celdas privadas y donde, a partir de las enseñanzas de San Agustín se valoraba bastante el silencio y el encierro con el fin de lograr una relación íntima con Dios. Sin embargo, por un lado, uno nunca estaba del todo solo, pues estaba con Dios y a llegar a Él eran dedicados los momentos de silencio, no a uno mismo, y por otro, según fue avanzando la Edad Media, el comunitarismo monacal fue haciéndose cada vez más fuerte llegando a renegar, en la época escolástica de las universidades, de todo aquello que aísla, entre otras cosas, la escritura, que irá perdiendo terreno frente a la oralidad (León Florido, 2001).

En pleno siglo XVII, mientras René Descartes descubre el *cogito* y trata de fundamentar la existencia de un Dios que poco a poco irá siendo más difícil de fundamentar, abandonando al ser humano a su suerte, la composición de las casas irá cambiando también de manera paulatina, se irá aumentando el número de habitaciones

y el interior de la casa, al igual que el del individuo gracias al descubrimiento cartesiano, irá ganando importancia. Ahora bien, en esta época estamos todavía en los inicios de la Modernidad, de tal modo que no deja de ser corriente que los «interiores del siglo XVII [tengan] algo que [impida] una auténtica sensación de intimidad. Los vacíos medievales se habían llenado con sillas, cómodas, y camas con dosel, pero de manera casi inconsciente. Aquellas habitaciones tan llenas de cosas no estaban verdaderamente amuebladas» (Rybczynski, 2006: 51), se acababa de hallar la existencia de un interior propio, donde es posible guardar cosas también propias y aquellos pioneros lo estaban experimentando con la pasión desordenada con la que se viven los primeros descubrimientos. Poco a poco, esto se irá estabilizando hasta llegar, por un lado, a las casas decimonónicas, perfectamente amuebladas y organizadas, y por otro, al individuo libre de coacción y libre para actuar, autónomo y seguro de sí mismo, a pesar de sus dudas acerca de la existencia de un Dios que dé sentido a su propia existencia.

«La concepción de lo privado, fundada en la idealización del individuo como receptáculo de la libertad, [será] entendida simultáneamente como autodesarrollo y autonomía» (Béjar, 1988: 25) y «la autonomía ha sido [desde entonces] uno de los objetivos clave y eje prioritario del discurso dirigido a la consolidación de la ciudadanía democrática» (Ruiz, Escámez, Bernal y Gil, 2011: 1) que tanto valoramos y tratamos de fomentar en nuestros alumnos.

Una vez reconocido el valor de la individualidad, realizaremos un último viaje en el tiempo, pero este ya de retorno, una vuelta al presente. Imaginemos la habitación actual de cualquier estudiante de unos catorce o quince años, posiblemente bien amueblada, con varios pósteres colgados en la pared de sus ídolos favoritos, preferentemente cantantes o deportistas, aunque también pueden ser artistas o políticos. Si abriésemos los muebles nos encontraríamos ropa y en las estanterías hallaríamos algunos

libros, fotos, CDs de música e incluso quizá un antiguo radiocasete, ya probablemente en desuso. Todos estos elementos nos indican de quién es esta habitación, a quién pertenece, pues está muy personalmente decorada y podemos observar un montón de objetos que apuntan hacia sus gustos e inclinaciones. Hasta aquí, poca diferencia esta habitación de la que pudiese tener un joven de los años sesenta o setenta del siglo XX o incluso de finales del siglo XIX. Se trata de un espacio propio donde poder estar solo consigo mismo.

Ahora bien, la habitación del joven estudiante de 2012 posiblemente tenga cosas que no tenían sus antepasados a su edad ni podían haber tenido, a saber, aparatos de nueva tecnología avanzada. Puede tener mp3, mp4, videoconsola, tanto grande como pequeña, tablet, ordenador portátil, de mesa, ipod, iphone, y un largo etcétera que no acabaría nunca. Evidentemente no todos tienen todo esto que se acaba de nombrar, pero la gran mayoría posee, con toda seguridad, al menos, un ordenador personal con conexión a Internet y un teléfono móvil. Gracias a estos aparatos, sobre todo a Internet —ya disponible en muchos teléfonos móviles—, «los adolescentes han aprendido a acceder a comunidades virtuales que están mucho más allá de su habitación» (Feixa, 2006: 6), con el nacimiento de las redes sociales pueden interactuar con amigos, pero también conocer gente nueva gracias a un catálogo de vidas privadas colgadas en la web y disponible para el usuario de forma gratuita.

Así pues, cuando este joven está solo en su cuarto, en realidad, nunca está solo del todo. Siglos después de la Edad Media, la habitación vuelve a estar llena de gente, aquí se estudia, se interacciona socialmente, se juega, se duerme, e incluso a veces se come, si la partida está interesante. Eso sí, a diferencia de la Edad Media, esta gente que llena la habitación no es física, sino virtual, por tanto, las relaciones familiares no son fomentadas del modo en que lo eran en el Medievo sino que, por el contrario, lo que se

fomenta es la distancia con aquellos con los que se cohabita, pues, entre otras cosas, no aportan nada prácticamente en comparación con los amigos virtuales, entre los que se pueden encontrar personas «verdaderamente» afines a uno mismo.

El disponer constantemente de una habitación tan llena de gente puede hacer surgir, por un lado, una dependencia excesiva a estar en contacto con otros y, por otro, cierta fobia a la soledad debido a una insuficiente experimentación de la misma. Estos otros a los que nos referimos, tal y como hemos señalado, no son físicos sino virtuales, por lo que es posible que esta situación produzca un deterioro de las relaciones familiares ya que, al dedicar el mayor tiempo posible en casa al cultivo de amistades *online* y, por lo tanto, al tener menos tiempo para compartir con la familia con aquellos que están en contacto directo, físico, con uno mismo, es muy probable que, ante importantes decepciones o fracasos en la vida, el joven afectado ya no se refugie en «los suyos», sino en su habitación «repleta de gente», con el plus de poder usar el anonimato y consolarse interactuando con aquellos que, por desconocimiento, jamás le van a juzgar.

Esto último es precisamente lo que ha sucedido en Japón con el surgimiento del fenómeno denominado *hikikomori*, que literalmente significa «estar recluso, aislado». Se trata de jóvenes que, ante la presión ejercida por su entorno social, llega un momento en que se bloquean y deciden encerrarse indefinidamente en su habitación, la cual dispone de los últimos modelos en alta tecnología de la información y la comunicación. En una entrevista realizada en prensa a la doctora Watanabe, especialista en el tratamiento de estos adolescentes, ella se lamentaba de que «a pesar de que Japón haya logrado ser uno de los países más prósperos de la Tierra, ha sido a costa de perder su espiritualidad y sus relaciones interfamiliares»³, siendo esta, precisamente, la causa principal del surgimiento de este fenómeno —que algunos autores ya conciben

como cultural (Freixa, 2006)—, individuos encerrados en su habitación, la cual está rodeada de fantasmas.

Este recorrido histórico ha mostrado claramente cómo las nuevas tecnologías ponen en peligro la herencia más valiosa que nos legó la Modernidad —la habitación propia y el individuo diferenciado— y que tanto costó construir, devolviéndonos a una Edad Media perversa, pues a pesar de hacernos creer que estamos rodeados de gente, en realidad estamos solos y sin poder disfrutar de nosotros mismos. Sin lugar a dudas, hemos de combatir educativamente este riesgo inherente a las nuevas tecnologías y qué mejor que empezar a abordarlo desde el mismo momento en el que surge la noción de privacidad en la más tierna infancia. Sabemos que un niño empieza a tener un yo limitado, una interioridad consciente, en el momento en el que es capaz de guardar secretos.

Pedagogía del secreto: salvaguardando lo heredado

El secreto, como aquello reservado, oculto, misterioso, que no se puede comprender, o, al menos, que no es inteligible de manera directa, ha sido, a lo largo de la historia de la filosofía, todo un atractivo para todos aquellos amantes del saber que pretendían desentrañar las verdades ocultas de la naturaleza. De hecho, no solo la filosofía, sino cualquier trabajo de investigación en cualquier ámbito, trata de lograr precisamente eso, que lo ajeno a nosotros, se haga más propio y cercano, cognoscible. Sin embargo, poca atención se ha dado a lo largo de toda la historia del pensamiento a los secretos que se guardan y que no se cuentan, puesto que estos secretos pertenecen al ámbito de lo privado que, precisamente por esto, por privado, no merecía ser investigado, salvo quizá a nivel legislativo, con el fin de darle un orden a este espacio, de puertas afuera.

Fue Georg Simmel, considerado por muchos el padre de la sociología de la vida cotidiana, uno de los primeros en investigar el ámbito privado

de la vida de las personas y, a su vez, en darse cuenta del valor del secreto en la configuración de la individualidad subjetiva en sociedad. Así, afirmaba que «el disimulo de ciertas realidades, conseguido por medios positivos o negativos, constituye una de las más grandes conquistas de la humanidad. [...], el secreto significa una enorme ampliación de la vida, porque en completa publicidad muchas manifestaciones de ésta no podrían producirse» (Simmel, 1986: 378).

El término «secreto» proviene del vocablo latino *secretus*, que quiere decir separado, aparte, particular, especial, distinto, o lo que es lo mismo, único⁴. Y con único queremos significar uno entre muchos. No hay un ser humano idéntico al resto y si esto es así es, fundamentalmente, por su capacidad para guardar secretos, lo cual, le constituye a él mismo como secreto, ante sí mismo y ante los otros, que también son capaces de albergar interioridad y, por tanto, de ser únicos. Nuestra habilidad para guardar lo apartado y lo excepcional, nos convierte, al mismo tiempo, en seres excepcionales, que interaccionan entre sí, también por medio de lo que esconden.

El mismo Simmel (1986: 369) afirmaba que «se distinguen las relaciones de los hombres, en cuanto al saber recíproco que posean los unos de los otros», haciendo aquí referencia a la doble vertiente del secreto que, si bien por un lado permite la creación de los límites del yo, por otro, al compartirlo, posibilita la aparición de vínculos afectivos e íntimos con los otros basados en la confianza. En función de cuánto de nosotros mismos revelamos a unos y a otros, se define el tipo de relación que tenemos con ellos en cuanto más o menos cercana, más o menos indiferente. Así pues, el secreto «alude a una conjugación de lo interno y lo externo [...], pertenece al ámbito de lo cotidiano, y tiene su espacio dentro del mundo de la vida como mundo intersubjetivo» (Vila Merino, 2008: 1), a partir de él nos configuramos y desde él nos relacionamos.

Van Manen y Levering (1999) en su estudio sobre los secretos en la infancia distinguen

tres tipos de secreto, a saber, el existencial, el comunicativo y el personal. El primero de ellos tiene que ver con aquellos que no son uno mismo pero son semejantes, los cuales nunca dejarán de ser un misterio pues no podemos conocer a nadie de manera absoluta y, el hacerlo, implicaría acabar con ese alguien como ser único. El segundo alude a la imposibilidad de poder comunicar completamente a otro lo que sentimos cuando estamos viviendo algo, hay una parte de los otros y de nosotros mismos que es intransferible. El tercero, el personal, es aquel que es consciente y comunicable y el que me permite tener relaciones íntimas con los demás. Mientras que los dos primeros nos hacen siempre deseables por ser siempre únicos y misteriosos, el último nos hace ser accesibles y poder acceder, aunque nunca sea por completo, a los otros.

Según Peskin (1992) es a partir de los cinco años cuando un niño empieza a ser capaz de ocultar información y, por tanto, de guardar secretos, y según Flitner y Valtin (1987), a pesar de ser conscientes prácticamente desde esa edad de la segunda vertiente del secreto, es decir, su compartimento como salvaguarda de la confianza, no es hasta aproximadamente los diez años cuando se valora más esto que el propio yo. Por ello, no es de extrañar que en el estudio empírico en torno al secreto en la infancia de Watson y Valtin (1997), la mayoría de los niños de cinco años que investigaron valorasen más su interioridad y se negasen prácticamente todos a contar hipotéticamente un secreto, que los de doce, que, a diferencia de los anteriores, sí que lo contarían. Y es que el niño de cinco años está tan emocionado con el descubrimiento de su interioridad como aquel primitivo hombre moderno del siglo XVII lo estaba con su casa. El niño está amueblándose y le encanta verse como yo. Solo más tarde, según va creciendo, descubre la amistad y esta quizá, llegue a ser, en muchas ocasiones, más importante que él mismo.

La dificultad que el paso por esta etapa acarrea en nuestros días es que es precisamente en el periodo de mayor exaltación de la amistad, de

confianza extrema, donde darse al otro es lo más importante, cuando los niños y adolescentes empiezan a familiarizarse con las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Tradicionalmente la habitación propia estaba ahí para que al individuo no se le olvidase este yo adquirido a sus apenas cinco años, momento todavía débil para la memoria, para que siempre tuviese un lugar donde disfrutar de sí mismo y de su soledad. Ahora, tal y como hemos mostrado, la habitación está llena de fantasmas virtuales que no dejan al individuo respirar, dando todo de sí y guardando nada para sí, de ello depende su supervivencia en el nuevo mundo *Facebook*. «Además de haber perdido el amparo de todo un conjunto de instituciones tan sólidas como los viejos muros del hogar, el yo no se siente más protegido por el perdurable rastro del pasado individual ni tampoco por el ancla de una intensa vida interior. Para fortalecer y para constatar su existencia debe, a cualquier precio, hacerse visible» (Sibila, 2008: 252).

Si bien es cierto que, hoy por hoy, todas las redes sociales disponen de políticas que tratan de salvaguardar la privacidad del usuario y, sobre todo, de proteger al menor, el hecho es que estos espacios no dejan de ser contrarios al concepto mismo de privacidad. Por tanto, dichas políticas no pueden sino defender un simulacro de la misma, mermando su autenticidad⁵. Es por ello que en educación debemos fomentar la no desaparición de la auténtica privacidad, concienciando, a padres y a alumnos, de la importancia de la habitación propia y de los momentos de soledad, pues como decía García Morente (2011: 49), «la soledad es la forma más perfecta de la vida privada. [...] La soledad no consiste en quedarse solo. Consiste en permanecer solo».

A modo de conclusión, podríamos afirmar que todo sea porque lo más valioso que heredamos de la Modernidad no se pierda, que jamás nos confundan con otros y que nunca se nos prive de una habitación propia, de lo contrario, estaremos perdidos, sin pasado y sin futuro, en un eterno presente.

Notas

¹ Este artículo está basado en el trabajo que recibió el Premio Joven Investigador otorgado por el Comité Científico del XV Congreso Nacional y V Iberoamericano de Pedagogía «Entre Generaciones: Educación, Herencia y Promesas» organizado por la Sociedad Española de Pedagogía y que tuvo lugar en la Universidad de Burgos del 4 al 7 de julio de 2012. This article is based on the work «Between Generations: Education, Heritage and Promises,» which was awarded the Young Researcher Prize by the Scientific Committee of the XVth National and Vth Iberoamerican Pedagogy Congress, which took place at the University of Burgos from the 4th to the 7th of July of 2012.

² Nombre acuñado por Bell (2006), a principios del segundo tercio del siglo XX, para dar cuenta del funcionamiento mismo de una sociedad que, desde cualquier ámbito (política, economía, ciencia, ocio...), se basaba en la información y el control que se hacía de ella y su suministro. Debido a ello, el concepto «sociedad de la información» cobró mucha fuerza en los años noventa con el auge de Internet, cuya función, por aquella época, era precisamente la de gestor de información.

³ Véase Sánchez Braun, A. (2011, 4 de diciembre). «Hikikomori». Perdidos en la habitación. Diario El País. Disponible online:

<http://elpais.com/diario/2011/12/04/eps/1322983617_850215.html> [Fecha de consulta: 25/03/2012].

⁴ Véase la voz *secretus*, -a, -um del Diccionario Sopena Latin-Español.

⁵ Para una distinción más precisa entre los conceptos de «simulacro» y «autenticidad», véase Baudrillard, J. (1978), *Cultura y simulacro*. Barcelona: Kairós.

Referencias bibliográficas

- BÁRCENA, F. (1994). *La práctica reflexiva en educación*. Madrid: Editorial Complutense.
- BAUDRILLARD, J. (1978). *Cultura y simulacro*. Barcelona: Editorial Kairós.
- BÉJAR, H. (1988). *El ámbito íntimo. Privacidad, individualismo y modernidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- BELL, D. (2006). *El advenimiento de la sociedad post-industrial*. Madrid: Alianza Editorial.
- DUBY, G., BARTHELEMY, D. y DE LA RONCIÈRE, Ch. (1988). Poder privado y público en la Europa Feudal, en G. DUBY y Ph. ARIÈS, (eds.) (1988). *Historia de la vida privada* vol. II. *De la Europa Feudal al Renacimiento*. Madrid: Taurus.
- FLITNER, E. H. y VALTIN R. (1987). «I won't tell anyone»: On the development of the concept of the secret in schoolchildren, *Education*, 35, 46-59.
- GARCÍA MORENTE, M. (2011). *Ensayo sobre la vida privada*. Madrid: Ediciones Encuentro.
- LEÓN FLORIDO, F. (2001). Leer, copiar, pensar. Una aproximación a los orígenes medievales de la subjetividad, *Revista General de Información y Documentación* 11, 2, 93-115.
- NIETZSCHE, F. (1983). *Ecce Homo. Cómo llegar a ser lo que se es*. Madrid: Ediciones Buma.
- PESKIN, J. (1992). Ruse and representations: On children's ability to conceal information, *Developmental Psychology*, 28, 84-89.
- ROUCHÉ, M. (1987). Alta Edad Media Occidental, en G. DUBY, y Ph. ARIÈS (eds.) (1987), *Historia de la vida privada*, vol. I. *Del Imperio Romano al año mil*. Madrid: Taurus.
- RYBCZYNSKI, W. (2006). *La casa. Historia de una idea. Donostia-San Sebastián*: Nerea.
- SIBILIA, P. (2008). *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- SIMMEL, G. (1986). *Sociología 1, Estudios sobre las formas de socialización*. Madrid: Alianza Editorial.
- VAN MANEN, M. y LEVERING, B. (1999). *Los secretos de la infancia. Intimidad, privacidad e identidad*. Barcelona: Paidós.
- WATSON, A. J. y VALTIN, R. (1997). Secrecy in Middle Childhood, *International Journal of Behavioral Development* 21 (3), 431-452.
- WOOLF, V. (1980). *Una habitación propia*. Barcelona: Seix Barral.

Abstract

Education and Modern Heritage: the Individual and the Room of One's Own

INTRODUCTION. It is widely recognised that New Technologies imply changes in every area of our life, especially since the first decade of 2000. Barely a decade has gone by and it already seems as if we have always had what were considered novelties just a few years ago. These changes have happened so fast that we have hardly had time to think about them. Perhaps we have gotten so used to New Technologies that we are adopting the same pattern of thought that allows them to develop so fast, namely, gazing at the future and, at the same time, forgetting a past that, whether we like it or not, makes us be what we are. Reflecting about a past that constructs our present becomes, therefore, an urgent matter. This article seeks to contribute to this study by focusing on two concepts inherited from the Modern Age, namely, the individual and the room of one's own. **METHODS.** The concepts of «the individual» and «the room of one's own» will be explored in the following pages, following a methodology of documentary research. **RESULTS.** Firstly, we will note the importance of having a genuine individuality as much as a room of one's own in the education of a human being. We will then show in what way these concepts are currently changing. **DISCUSSION.** To conclude, we highlight the importance of pedagogical reflection regarding the concepts of «individuality» and «a room of one's own».

Key words: *New Technologies, Cultural Background, Philosophy of Education, Individuality, Human Relations.*

Resumé

Éducation et héritages modernes: l'individu et la chambre à soi

INTRODUCTION. Sans aucun doute, les Nouvelles Technologies sont en train de changer notre vie sous tous ces angles, surtout depuis le début des années 2000. Il y a à peine dix ans de cela, et on dirait que l'on dispose depuis toujours de ce qui, il y a à peine quelques années, était encore une nouveauté. Ces changements ont été si brusques qu'on n'a pratiquement pas eu le temps d'y réfléchir; peut-être nous sommes nous faits à ce point aux nouvelles technologies que l'on est en train d'adopter le modèle de pensée qui leur permet de se développer si rapidement, à savoir, en ne regardant que vers le futur et en oubliant un passé qui, pourtant, qu'on le veuille ou non, nous fait devenir ce que nous sommes. Revenir sur ce passé qui construit devient donc urgent. Cet article prétend alimenter cette réflexion en se centrant sur deux concepts hérités de l'Âge Moderne, à savoir, l'individu et la chambre à soi. **MÉTHODE.** Dans les pages qui suivent seront analysés les concepts d'«individu» et de «chambre à soi», selon une méthodologie d'analyse documentaire. **RÉSULTATS.** Tout d'abord, on remarquera leur importance de détenir une individualité authentique et une chambre à soi dans la formation de l'être humain. Puis, on montrera dans quelle mesure sont en train de changer ces concepts actuellement. **DISCUSSION.** Finalement, et pour conclure, on répondra, sur la base de ce qui précède, au besoin d'une réflexion pédagogique portant sur les concepts d'«individu» et de «chambre à soi».

Mots clés: *Nouvelles technologies, Héritage culturel, Philosophie de l'éducation, Individualité, Relations humaines.*

Fuentes electrónicas

- FEIXA, C. (2006). Estilos de vida de los niños en la cultura digital. Ponencia presentada en las jornadas «Los hijos raros. Claves para que los padres los entiendan», Madrid, noviembre de 2004: <<http://www.sernac.cl/vinculos/Seminario%20Ni%C3%B1ez,%20Juventudes%20y%20Consumo/Carles%20Feixa%20%20%28en%20formato%29.pdf>>. [Fecha de consulta: 25/marzo/2012].
- O'REILLY, T. (2005). What Is Web 2.0 Design Patterns and Business Models for the Next Generation of Software: <<http://oreilly.com/web2/archive/what-is-web-20.html>>. [Fecha de consulta: 25/03/2012].
- RUIZ CORBELLA, M., ESCÁMEZ, J., BERNAL, A. Y GIL, F. (2011). Autonomía y responsabilidad en los contextos socioeducativos del siglo XXI. Ponencia presentada en el XXX Seminario Interuniversitario de Teoría de la Educación: Autonomía y responsabilidad. Contextos de aprendizaje y educación en el siglo XXI. Barcelona, diciembre de 2011: <<http://www.ucm.es/info/site/docu/30site/ponencia1.pdf>>. [Fecha de consulta: 25/03/2012].
- VILA MERINO, E. (2008). La educación del secreto: infancia, identidad y alteridad, *Revista Iberoamericana de Educación* 47, 1: <<http://www.rieoei.org/deloslectores/2620Merinov2.pdf>>. [Fecha de consulta: 25/03/2012].

Perfil profesional del autor

Alberto Sánchez Rojo

Licenciado en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid y Máster Universitario en Formación del Profesorado de ESO y Bachillerato, FP y Enseñanzas de Idiomas por la misma Universidad. En 2011 obtuvo la Beca de Formación del Profesorado Universitario del Ministerio de Educación. Correo electrónico de contacto: asrojo@edu.ucm.es